

PRESENTACIÓN

Consuelo Naranjo Orovio
(Instituto de Historia, CSIC)

Al cumplirse cien años de la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (11 de enero de 1907), *Revista de Indias* ha querido sumarse a las conmemoraciones de este hecho que tantas repercusiones tuvo para la ciencia y la cultura de España, así como para el inicio de unas nuevas relaciones entre España y América. La creación de la JAE supuso un hecho inusual en la historia de España y representó la mayor apuesta por la modernización del país a partir de nuevos postulados como la educación y la ciencia. La renovación educativa y cultural eran para estos pensadores los instrumentos básicos y necesarios para conseguir la regeneración nacional, lograr la modernización de la sociedad, salir del aislamiento y colocarse al mismo nivel que las naciones más adelantadas.

Obra de pocos, liderada por su presidente, Santiago Ramón y Cajal (1907-1934) y su secretario, José Castillejo, en sus institutos y laboratorios se formaron y trabajaron los mejores intelectuales y científicos de España como Ignacio Bolívar Urrutia (que fue el segundo y último presidente de la Junta tras la muerte de Cajal en 1934), Cándido Bolívar, Pío del Río-Hortega, Julio Rey Pastor, Blas Cabrera, José Royo, Dorotea Barnés, Enrique Moles, Miguel Catalán, Rosa Sensat y Vila, Antonio Madinaveitia, Carmen Gómez Escolar, Martina Casiano Mayor, Dolores Cebrián Fernández Villegas, Luisa Cruces Matesanz, Faustino Miranda, José Puche, José Cuatrecasas, Francisco y José Giral, Isaac Costero, José Casares Gil, Ángel Cruz Gallástegui, Antonio de Zulueta, Augusto Pi i Suñer, Jimena Fernández de la Vega, Odón de Buen, Francisco Durán i Reinal, Leonardo Torres Quevedo, Ramón Menéndez Pidal, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Luis de Zulueta, María de Maeztu, Claudio Sánchez Albornoz, Rafael Altamira, José María Ots Capdequí, Enrique Díez-Canedo, Pedro Salinas, Ramón Iglesia, Antonio García Solalinde, Samuel Gili Gaya, Amado Alonso, Julián Ribera, Julián Bonfante, Felipe Clemente de Diego, Miguel Asín Palacios, Manuel Gómez Moreno, Juan Cabré, Elías Tormo, Eduardo Hinojosa, Ricardo de Orueta, Javier Sánchez Cantón, José Moreno Villa, entre muchos otros.

Su labor se extendió hasta 1939 cuando el final de la Guerra Civil obligó a exiliarse a muchos de los hombres y mujeres que habían participado en esta em-

presa científica y cultural. A pesar de esta ruptura, de la dispersión de sus hombres, del exilio y de la muerte muchos de los logros y escuelas que habían ido conformándose en los centros y laboratorios creados por la JAE tuvieron su continuidad en otros países, allí donde los directores de los centros de la JAE o sus discípulos habían establecido contactos en los años anteriores a la Guerra Civil. Dichos contactos generaron nuevas redes culturales y científicas que se afianzaron con la creación de cátedras, institutos y escuelas similares a las que existían en España —como el caso de la Escuela de Filología Española de Ramón Menéndez Pidal y sus discípulos en Puerto Rico o Argentina, o en general del Centro de Estudios Históricos cuyo modelo organizativo y metodología de trabajo sirvió de ejemplo a la hora de diseñar centros de investigación en otros países como en México—. Estas instituciones o simplemente los discípulos que los centros de la JAE habían recibido, entre otros el Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes, fueron en muchos casos los que posibilitaron la continuidad de la ciencia y la cultura españolas en el exilio. Por las aulas de estos centros pasaron sobre todo latinoamericanos como Ángel Rosenblat, Silvio Zavala, Luis Enrique Osorio, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Aurelio Macedonio Espinosa (hijo) etc., y norteamericanos en el caso concreto de estudios de folklore.

Pero ¿por qué detenerse en la obra de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en América Latina, en sus relaciones, redes y hombres? Su análisis se hace necesario cuando observamos que desde sus inicios América Latina tuvo un lugar importante en el quehacer de la JAE por factores ideológicos y políticos en los que la cultura pesó de manera importante. Entre los factores ideológicos y políticos hay que destacar el hecho de que América Latina era considerada como una pieza clave en el proceso de regeneración nacional y del rescate del prestigio exterior, y en este sentido como analizan algunos artículos de este monográfico, el hispanoamericanismo sirvió para dotar de un cuerpo doctrinal al nacionalismo español que fue utilizado dentro y fuera de las fronteras. La labor de Rafael Altamira como iniciador desde la Universidad de Oviedo de una política americanista dieron paso a las gestiones comandadas por la JAE y el Centro de Estudios Históricos en el que, por otra parte, también se integró Altamira. Aunque muchas veces estas relaciones fueron más retórica que realidad y que las relaciones entre América Latina y España no se plantearon en iguales términos que con los países más avanzados científica y tecnológicamente (como lo apuntan algunos de los artículos de este monográfico), lo cierto es que la JAE contó con algunos hombres que desde el principio apostaron fuerte por renovar las relaciones de España con América Latina. Nos referimos a los integrantes del Centro de Estudios Históricos, instituto de investigación creado en Madrid por la JAE en marzo de 1910 y al que, además, se le asignó la tarea de llevar a cabo las relaciones con América Latina. La historia, la lengua, la filología y la civilización española fueron consideradas como elementos básicos en el afianzamiento de las nuevas relaciones que ahora se proyectaban bajo unos nuevos presupuestos, los de la ciencia y la cultura. Es la cultura, en términos generales, el instrumento

elegido sobre el que descansaba el andamiaje que articuló las nuevas relaciones. Una cultura común y compartida que podría generar nuevas maneras de comprenderse, mirarse, acercarse y relacionarse y que lentamente tendría que desplazar a «la raza» o a la religión como los elementos principales de los vínculos entre España y sus ex-colonias.

En el Centro de Estudios Históricos recayó esta tarea de acercamiento y potenciación de las relaciones, siendo encomendado a su director Ramón Menéndez Pidal y a sus discípulos el fomento de dichas relaciones (su estudio es abordado por varios de los autores del monográfico que presentamos). Junto a ellos, surgieron otros focos hispanoamericanistas en diferentes puntos en donde los estudios precolombinos se fueron afianzando. Estos nuevos centros de investigación, cátedras, institutos seminarios, bibliotecas especializadas y asociaciones creados en combinación con la JAE o de forma privada en Valladolid, Sevilla, Oviedo, Madrid o Barcelona ayudaron no sólo a dar los primeros pasos para la institucionalización del americanismo, sino que contribuyeron a acercar América y España al abrir las ventanas de un nuevo acercamiento al pasado. Además de ello, como hemos apuntado, América Latina recibió a un grupo numeroso de intelectuales republicanos exiliados, hombres y mujeres de diferentes ramas del saber, que lograron volver a recobrar sus investigaciones, enseñanzas y prácticas en los centros que les dieron acogida. Universidades e institutos que, por otra parte, habían sido visitados, y a veces creados, por ellos o por sus discípulos en los años anteriores al estallido de la Guerra Civil española.

En esta labor de propaganda, difusión de la ciencia y la cultura españolas y promoción de los intercambios académicos la JAE contó con el apoyo económico y el entusiasmo de las colectividades de inmigrantes españoles asentadas en los países americanos que desde las instituciones culturales creadas para este fin impulsaron las relaciones entre ambos mundos. De éstas las que tuvieron mayor actividad fueron Instituciones Culturales Españolas en Argentina, Uruguay, Santo Domingo y Puerto Rico, la Institución Hispano-Cubana de Cultura, el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Juan (Recinto de Río Piedras) y los Institutos de Filología de Buenos Aires y La Plata. Otras veces el mecenazgo procedió de Norteamérica en concreto de Archer Milton Huntington y de la Hispanic Society of America, impulsada por él.

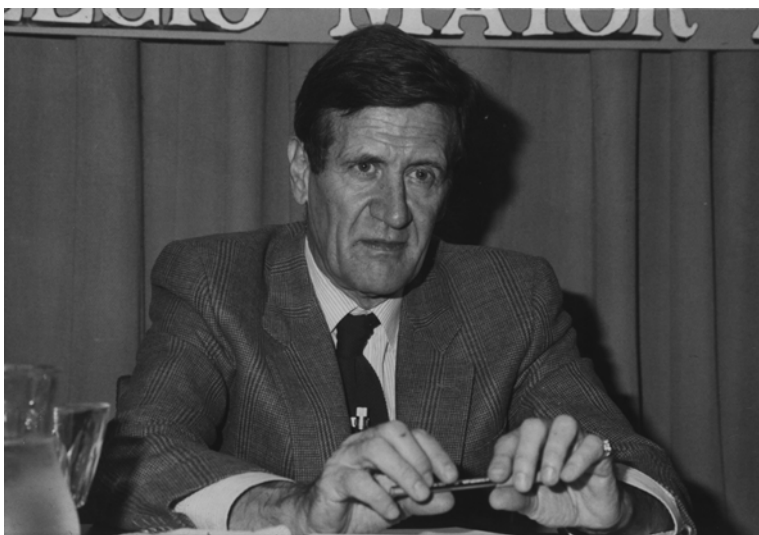
Por otra parte en los locales donde había funcionado desde 1931 el Centro de Estudios Históricos —que contó con varias sedes desde su creación en 1907 hasta 1939 como fueron el Paseo de Recoletos, ubicado en los bajos del Palacio de Bibliotecas y Museos en un local anteriormente ocupado por el Museo Nacional de Ciencias Naturales, desde donde se trasladó en 1920 a la calle Almagro número 26 y de allí, en 1931, a la calle Duque de Medinaceli número 4, en el que fuera Palacio del Hielo y Real Club del Automóvil— volvieron a instalarse los estudios americanistas en Madrid en 1939 tras la creación, un 24 de noviembre, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

La reconstrucción de este proceso que se inició en 1939, como fue la apropiación de los centros de la JAE, las depuraciones y el exilio, exterior e interior, el americanismo que comienza a hacerse en la década de 1940 que, aunque heredero de los estudios y maestros anteriores, en muchas ocasiones le dieron la espalda e introdujeron nuevos contenidos e ideología al servicio del nuevo régimen político, son algunos de los temas que en estos momentos son motivo de análisis en la historiografía española y que darán lugar a la publicación de varias obras en los próximos años.

Nuestro interés se reduce a la época de la JAE y sus relaciones con América Latina, a los propulsores de ese acercamiento y a los protagonistas de las redes que se fueron tejiendo desde ambas orillas. Las redes, como presentan algunos autores que escriben en este monográfico, sirvieron no sólo para lograr un acercamiento mayor entre americanos y españoles, una nueva manera de abordar la historia compartida y sus problemas, sino que también fueron plataformas que posibilitaron la llegada y asentamiento del exilio intelectual español de 1939.

En el CSIC se depositó en gran parte el cultivo de la ciencia que a veces continuó una organización con esquemas similares a las ramas creadas por la JAE, como fue en el caso del Centro de Estudios Históricos de la calle Duque de Medinaceli. En el viejo caserón algunos antiguos becarios ahora eran los maestros, las mesas desiertas de los que emprendieron el exilio fueron lentamente ocupadas por otras generaciones que comenzaron a trabajar los temas que otros habían cultivado con gran esmero y cuyos éxitos comenzaban a aflorar en los años treinta; las filologías española y árabe, la lengua española, las tradiciones populares, la historia de América, el arte, el derecho, la arqueología, la historia de España... eran algunas de las disciplinas que cobraban vida en el antiguo Palacio del Hielo con una nueva organización por institutos (Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Instituto Jerónimo Zurita, Instituto Diego Velázquez, Instituto Antonio de Nebrija, Instituto Miguel de Cervantes, etc.). No fue hasta diciembre de 1984, bajo la dirección de Francisco de Solano y de Alfredo Moreno Cebrián, como secretario, cuando se recuperó el nombre del Centro de Estudios Históricos pero sólo para los institutos que cultivaban la historia. Bajo esta nueva organización, los institutos se convirtieron en departamentos con nombres que correspondían a las disciplinas que trabajaban, como Departamento de Historia de América, Departamento de Historia del Arte, etc. Unos años más tarde, en 1999 el Centro de Estudios Históricos volvió a perder su nombre, siendo denominado Instituto de Historia, que pasó a integrar el Centro de Humanidades junto al Instituto de Filología y el recién creado Instituto de la Lengua Española.

En este año, 2007, de nuevo el antiguo Centro vuelve a trasladar sus instalaciones. El nuevo centro, Centro de Ciencias Humanas y Sociales —aprobado en julio de 2006— agrupará diferentes institutos y aunará a todos los investigadores de ciencias humanas y sociales del CSIC que trabajan en Madrid.



Francisco de Solano y Pérez Lila,
Director del Centro de Estudios Históricos (1985-1990).



Alfredo Moreno Cebrián, Secretario del Centro
de Estudios Históricos (1985-1988).